

como un *poema de piedra*, donde concurren todas las artes para levantar el alma a Dios.

«Aquellas altas bóvedas que al cielo  
 levantaban mi anhelo;  
 aquella majestad solemne y grave;  
 aquel pausado canto, parecido  
 a un doliente gemido,  
 que retumbaba en la espaciosa nave;  
 les marmóreas y austeras esculturas  
 de antiguas sepulturas,  
 aspiración del arte a lo infinito;  
 la luz que por los vidrios de colores  
 sus tibios resplandores  
 quebraba en los pilares de granito;  
 haces de donde en curva fugitiva,  
 para formar, la ojiva  
 cada ramal subiendo se separa.  
 Cual del rumor de multitud que ruega,  
 cuando a los cielos llega,  
 surge cada oración distinta y clara;  
 En el gótico altar inmoble y fijo  
 el santo Crucifijo,  
 que extiende sin vigor sus brazos yerlos,  
 siempre en la sorda lucha de la vida,  
 tan áspera y resida,  
 para el dolor y la humildad abiertos;  
 El místico clamor de la campana  
 que sobre el alma humana  
 de las caladas torres se despeña,  
 y anuncia y lleva en sus aladas notas  
 mil promesas ignotas  
 al triste corazón que sufre o sueña;  
 Todo elevaba mi ánimo intranquillo  
 a más seguro asilo,  
 religión, arte, soledad, misterio;  
 todo en el templo secular hacía  
 vibrar el alma mía  
 como vibran las cuerdas de un salterio».

Tal es la verdadera Catedral, como la pinta en estos hermosísimos versos Núñez de Arce. ¿Y no es así la nuestra? Modesta, ciertamente, no llega a la magnificencia de las de Toledo y Sevilla, ni al arte primoroso de la de Burgos, ni a la distinguida pureza románica de la de León; pero es de la familia. Los

